

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

EL PRINCIPIO DEL FIN.

Duradera á la vez que profunda calculé que seria, desde el momento de entrar en ella, la crisis que atravesamos; y así constantemente lo he venido diciendo en estas páginas, que nuestra *degradacion* tenia difícil remedio, que era poco menos que imposible de llenar el *vacio* en que nos agitamos, que la *justicia de Dios* habia de pesar aun por mucho tiempo sobre nosotros, que á la *interinidad* no se le veia término ni salida. Y he aquí que inopinadamente, cuando y por donde menos se esperaba, se ha rasgado en el horizonte la densa cerrazon que nos envuelve, no lo bastante para dejar entrever lo que se acerca, pero sí demasiado para revelar que lo presente, entendiéndolo no de la revolucion sino de la situacion que es una de sus fases, tiene los dias ya contados.

Nunca un letargo tan completo habia paralizado el curso de los negocios, nunca el verano habia traído á las regiones políticas tan pesada é inerte calma, como momentos antes de estallar la cuestion, que suscitada sin resultado en España, ha puesto en combustion la Europa entera. Habíanse separado en 23 de junio las cortes aplazando para el noviembre el *coronamiento del edificio constitucional*; empezaban sus vacaciones los poderes públicos á cual mas satisfechos, y el general Prim no sabia como repartir entre los montes de Toledo y los baños de Vichy los cuatro meses

que se habia tomado para digerir repulsas y restaurar las agotadas fuerzas á fin de renovar con mas éxito sus tentativas en busca de un monarca. De pronto, á los pocos dias, se publica el inesperado hallazgo, reúnese en la Granja el ministerio, espídense telégramas y circulares, convócanse á rebato las constituyentes, y en la prensa y hasta en documentos oficiales se lanzan ya retos á la Francia y si es menester á la Europa reproduciendo las célebres notas de 1823, cuando ¡oh fatalidad! la candidatura del *príncipe mayor de edad, dueño absoluto de sus acciones*, es retirada por una comunicacion de su padre. Sin embargo, nada hay perdido (*sino el honor* pudiéramos añadir, invirtiendo el dicho de Francisco I); se revocará la convocatoria á cortes, se presentarán excusas al César francés, se asegurará que por esta vez no se ha enfadado, y la España se mantendrá feliz y tranquila en medio del espantoso conflicto que ha provocado, apoyada en su *imponente* neutralidad y bajo la doble garantía del sueño de su regente y de la vigilancia del belicoso é inamovible jefe del ministerio.

Que le serail soit desormais fermé,
Et que tout rentre ici dans l'ordre accoutumé (*).

No obstante, desde entonces cualquiera pudo augurar á este gobierno el principio de su fin. Por mas que le pusiese á cubierto su propia insignificancia y el desden de las po-

(*) Cíerrese el serrallo desde luego, y vuelva todo al orden acostumbrado. RACINE, *Bajazet* act. II scen. II.

tencias, estendido acaso (grima dá el confesarlo) á la nacion que representa, cualquiera reconoció que no habia de valerle el volverse atrás, cual muchacho sorprendido en su maligna travesura, para escapar del condigno vapuleo luego de sosegada la confusion á que habia dado origen con su petulancia ó con su aturdimiento. Claro era que no habia de salir librado del antiguo odio ó del actual desprecio de Napoleon, si es cierta la frase que se le atribuye, con el bofeton recibido á buena cuenta en la nota de Grammont y cuya satisfaccion permanece discretamente inédita; claro era que á pesar de las complacencias á que se hallara dispuesto y de las oficiosidades de Olózaga, de dudosa cordialidad respecto de su mandatario, el triunfo del emperador habia de ahorrar al general Prim los cuidados y sinsabores de buscar candidato para en adelante, sin tomar en cuenta su reiterado *jamás*, y hasta exonerarle indefinidamente de servir al nuevo rey. Si por el contrario favorecia al prusiano la suerte de los combates, el hosco soberano del norte, que parece haber visto de tan mal ojo la renuncia de su pariente á la corona de España, quizá tan impremeditada como la aceptacion, en cuanto libra á su enemigo de una ansia grave en la frontera del Pirineo, no habia de mirar de mejor talante al aliado que compromete con sus torpezas negociaciones mas ó menos directas y esplicitas, que ceja y desiste al primer contratiempo, y que se apresura á ponerse bien con el adversario guardándole las espaldas. Caso de persistir en la idea de imponer á la España un Hohenzollern, otros medios le daria la victoria mas gloriosos para introducirle y mas seguros para sostenerle, que no el apoyo del actual gobierno.

Ahora, en diez dias de formidables batallas, se ha despejado casi el pavoroso problema, y la balanza entre las dos naciones rivales se decide visiblemente, elevando la una á la supremacia y hundiendo la otra en el infortunio. Ya no se trata de saber si saldrá vencedor ó vencido el imperio francés, ya apenas se pregunta si podrá siquiera subsistir; la cuestion está en adivinar cómo y cuándo y de qué lado

ha de caer. ¿Servirán de palestra por segunda vez los históricos campos Cataláunicos al choque descomunal de dos razas y dos empujes, triunfando ahora, al revés de lo que sucedió en el siglo V, el Átila moderno sobre los degenerados romanos y visogodos del dia? Así como desde Weisemburgo á Metz y desde Metz á Chalons, ¿se lanzará en otro tercer salto desde Chalons sobre Paris? ¿Se organizará la Francia en guerrillas, fatigando con lenta perseverancia y diezmando en detalle á los invasores, leccion que á su costa pudo aprender en España; ó buscará su salvacion en revolucionarios trastornos, que irradiando del foco de la capital á las estremidades del pais, le impriman el vigor de las epilépticas convulsiones que repelieron en 1792 de idénticos lugares, aunque no tan internados, á idénticos enemigos? ¿Llegarán á tiempo los jueces del campo, es decir las potencias mediadoras, para arrojar su baston á la ensangrentada arena y sacar con vida al caido de las manos del prepotente vencedor? ¿Llegará á tiempo el vencedor mismo para sofocar la hoguera de la cólera nacional inflamada por tantos reveses, y habrá de retroceder ante un incendio moralmente mas terrible que el que desalojó de Moscow á Napoleon I, ó aguardará mas bien que la anarquía le abra las puertas de Paris, como se las abrió á Enrique IV el frenesí y desconcierto de la Liga? En una palabra ¿será larga ó breve la lucha? prevalecerán en la defensa el patriotismo ó el furor de bandería, las pasiones demagógicas ó los intereses conservadores? ¿será la diplomacia ó la revolucion quien la termine? Segun unas ú otras eventualidades, cuyo cumplimiento ó pronóstico siquiera no está al alcance del hombre, reemplazará al imperio napoleónico la monarquía orleanista ó la república por tercera vez proclamada.

Cualquiera se realice de los términos de esta disyuntiva, ha de refluir precisamente sobre nuestra España acabando con la presente situacion. Demos que se verifique el que por mas temido de unos y mas deseado de otros parece el mas probable: la proclamacion de la república, á pesar de la decidida

voluntad del prusiano á cuya autocracia política y militar repugna y amenaza, á pesar de todo su poder que es ya mucho y mañana será mayor, á pesar de los esfuerzos de las potencias, inclusa la gran Bretaña, que han de ver con susto arder á la vez los tronos y desbocarse la furia popular en Francia y en las dos penínsulas vecinas. Porque eso sí, ninguna novedad parisiense será adoptada aquí tan pronto y tan fielmente como el nuevo régimen si se implanta: no importa saber si querrán ó no resistirlo nuestros gobernantes, cuya actitud tanto se ha controvertido en estos días, aduciéndose de ella testimonios bien opuestos; basta dar por sentado que si intentan impedirlo no lo podrán. Y establecida en España la república, unitaria ó federal, ¿podría pensar el general Prim en constituirse presidente de ella, mediante una de tantas evoluciones de que está llena su historia política mas que la militar, y trazarle la marcha con la punta de su sable? Ah! no; braman de corage las turbas que ha combatido ó ametrallado despues de haberlas hecho tirar á su carro de triunfo, los tribunos vueltos del destierro con mas fieros bríos, los oradores cuya estéril elocuencia ha dejado esplayar por mera diversion en el congreso: ya no necesitarían de su apoyo, ni agradecerían su forzada iniciativa. Las nuevas eras necesitan nuevos gefes: rara vez ó nunca sirven para dictadores los caudillos rezagados del primer movimiento. La revolucion entre nosotros se apresuraria á vivir, esto es á devastar, cuanto mas corta previese su existencia; y hasta pudiera llegar el caso de que la república francesa, regularizada mas pronto, hubiese de poner coto á los delirios de la nuestra, como hubo de hacerlo en 1849 con la república romana.

¿Saca por el contrario todas las ventajas de su victoria el rey Guillermo? logra la caída de su enemigo personal, sin precipitar la Francia en trastornos intestinos que á él mas que nadie en definitiva pueden resultarle funestos? se reúne en congreso la Europa para rehacer el mapa, para restablecer en lo posible el equilibrio, para estirpar los gérmenes de desorden capaces de alterar en lo sucesivo

el sosiego general? Preséntase en primer término la España, con su trono indefinidamente vacante, con su mansa anarquía que á cada momento puede trocarse en brava. Ya no mas interinidad, ya no mas subastas de candidatos extranjeros: la eleccion de un Orleans en Francia la imposibilitaria en España; allá el conde de Paris escluiria de acá al duque de Montpensier; no se permitiera que sobrino y tio ciñiesen á la vez dos coronas tan vecinas. ¿En quién se fijaria pues el acuerdo de las potencias? fácil es de adivinar. Al hablar de protocolos diplomáticos, es cierto, suben los colores á la cara; pero á ello se esponen los pueblos que por espacio de dos años no saben concertarse ni valerse á sí mismos ni darse un gobierno, que han de venir á traerles los estraños puestos en peligro por la mala vecindad. El oprobio no está, no, en la intervencion estrangera, sino en merecerla y hacerla indispensable.

De todas maneras, la situacion concluyó su tiempo. Ni la revolucion ni la restauracion la necesitan; es un obstáculo para entrambas. No han de valerle para alargar sus días, ni su prusianismo de vieja fecha, ni su republicanismo de nuevo cuño. Ella misma, como Napoleon III, se ha labrado su tumba y se ha enfilado la espada al través de su cuerpo. Ahora no se trata de juzgarla ni de pesar si hay que alegrarse ó que entristecerse de su pérdida: ello es que asistimos al *principio de su fin*. Este fin puede ser el de la prueba; pero tambien puede ser ¿quién lo duda? *el principio de los verdaderos dolores*.

J. M. Q.

EL LENGUAJE DE LOS PERIÓDICOS (*).

Al leer este epígrafe, pensará alguno que voy á escribir una crítica de esa fraseología periodística mas ó menos impropia é incorrecta, ó de ese estilo, no llano sino humilde y rastrero, no levantado y noble sino allisonante y campanudo, en que redactan generalmente sus artículos adocenados periodis-

(*) La UNIDAD se felicita desde este primer escrito por haber adquirido un nuevo colaborador en el joven y digno sacerdote cuyos trabajos son ya conocidos de nuestros lectores.

tas. Quizá no sería difícil probar que cierta clase de periodistas, cuando traducen con su pluma el lenguaje vulgar, no se detienen en la modesta vivienda para hacernos oír un habla natural, sencilla, correcta y pura; sino que bajan al bodegón y vistiéndolo el manchado y roto traje de sus interlocutores, nos hacen oír torpes razones en torpe lenguaje espresadas. Quizá fuera aun más fácil tarea aducir ejemplos de esos periodistas que, cogiendo la pluma á manera de cetro, direis, no que se asientan en un trono para hablar el lenguaje de la majestad y del decoro, sino que saltan los montes y tocan las nubes, y con ahuecada voz intentan remedar al dios de los vientos.

Mas no es mi intento hablar aquí de la forma del escrito, sino de su fondo: trato más bien de las razones, que de las palabras con que se espresan. Inútil fuera asegurar que no aludiré á una publicación determinada, ni siquiera á la prensa de un pueblo ó de un partido. Procuraré apartar los ojos de estas pequenezes, y ponerlos en esa pléyade numerosísima de escritores que con la infinita variedad de sus plumas visten y engalanan esa aveportento del siglo presente que se llama *opinion pública*. Admito gustoso honrosas escepciones, á las cuales es mi intento que no alcancen mis censuras; y hago justicia á todo hombre que con la mano sobre el corazón sostiene sus convicciones, sin ofender á la caridad ni al buen sentido, por más que anden sus escritos tan escasos como los míos en mérito científico y literario.

La virtud pierde su valor, cuando no es virtuosamente ejercida, cuando la exageracion la falsea ó la suplanta la cobardía. Así como la virtud tiene su ejercicio propio, así la verdad tiene su propio lenguaje. Sola la discrecion sabe practicar virtudes; sola la caridad sabe hablar verdades. Si se mutila y afea este lenguaje de la verdad, la verdad misma se nos aparece fea y mutilada. Es cierto que este lenguaje hermoso puede cubrir las monstruosas formas del error, y entonces se llama hipocresía. El lenguaje hipócrita es la más bella y seductora forma de la mentira. Esto prueba que el lenguaje-verdad es cosa distinta de la verdad intrínseca; por más que solo á esta siente bien, como un bello cuerpo á una alma bella.

El lenguaje hipócrita es tan frecuente entre los hombres como raro entre los escritores. La delicadeza exquisita de nuestros hábitos sociales nos obligan en mil casos á ocultar y esconder cuidadosamente nuestros propios sentimientos. Una sonrisa, una mirada, unas frases corteses encubren con fre-

cuencia un sentimiento de aversion ó disgusto. Es un manto que echamos sobre nuestro corazón llagado, porque los ojos delicados de nuestra sociedad no podrian ver la podre que mana de sus llagas. Mejor fuera que la caridad las sanase; pero, ya que esto no se logre, al menos las cubre la hipocresía. La cortesania es la única moneda admitida en toda buena sociedad: el que no la tiene de buena ley, la falsea.

En la prensa periódica pasa un fenómeno singular: fundados sin duda nuestros periodistas en la distincion metafísica entre el hombre y el escritor, se atreven á publicar como escritores cosas que como hombres se avergonzarian de referir en un círculo de amigos. Los epitetos más soeces, las imputaciones más calumniosas, las más descabelladas mentiras vienen á ser para muchos periodistas el pan cotidiano que reparten á sus inconscientes suscritores, sin que les contenga la magestad del poder ni la magestad de la inocencia. Y mientras el lector cándido (que no quiero decir estúpido) lee ó deletrea esas columnas, en que van escritas las sentencias, los pronósticos, los portentosos descubrimientos de esos que cree oráculos infalibles; mientras vé aquí patente el fraude, allá descubierta la intriga, más abajo sorprendido un secreto, al lado convencidos de falsarios varones hasta hoy intachables é instituciones de luengos tiempos veneradas; mientras siente hervir en su pecho el odio á los hipócritas, y bendice una y mil veces el ojo de lince y la varilla mágica del escritor divino, que todo lo vé, lo penetra, lo sorprende y adivina; si volviese la cabeza, se hallaría quizá con la fea catadura de ese mago, que le mira con aire de triunfo, y se sonríe con la imbécil sonrisa de la vanidad satisfecha.

Los que no sois tan cándidos como ese pobre lector, observad la conducta del flamante periodista, y le vereis dejar mojada la pluma con que acaba de redactar uno de esos artículos tejidos de maliciosas suposiciones y sangrientos ultrajes, para ir á tratar, negociar y concertarse, segun sus intereses aconsejen, con ese mismo sugeto á quien de tan desleal manera combate; y si el dios de la política dispone que se arreglen, vereis mañana con asombro que el *inepto, el estúpido, el funesto déspota, entronizado por la intriga y los indignos manejos* se ha trocado en un *hombre de estado sagaz, hábil, erudito, elegido por el voto unánime de los pueblos, y merecedor de su eterna gratitud*. Mas no temais por esto que el bueno del lector caiga en la cuenta, ni deje de creer tan infalibles los encomios de hoy como las diatribas de ayer.

Doloroso es por cierto trazar este cuadro con la triste seguridad de que ni uno siquiera de cuantos lo vean ha de tomarlo por caricatura, sino por copia fiel, bien que rebajada, de muy conocidos originales. Pero doloroso es también ver manoseadas por tales manos cosas y personas respetables. ¡Harto corrompido debe de estar el cuerpo social, cuando en él viven y pululan tales gusanos!

Nada más lejos de mi intento que envolver en estas acerbas censuras á la generalidad de nuestros periodistas. La mayor parte de los redactores de periódicos son jóvenes que, deslumbrados por bellas teorías, las sostienen con fe, con tesón, con entusiasmo. Hartas veces lejos de dirigirse su pluma por las luces de la razón, se deja guiar por las inspiraciones de un corazón ardiente. Si se remontan alguna vez á las regiones de la teoría, solo descubris en ellos al poeta que siente, nunca al filósofo que piensa: sus artículos, más bien que razonamientos, son cantos de felicidad ó lúgubres profecías. Quizá en esos superficiales escritos escaseen la sensatez y la cordura; pero sobreabundan en muchos la convicción profunda y la fe inquebrantable.

Donde se ve toda la ligereza cándida, si se quiere, pero atolondrada de esos escritores, es al tocar con pluma temeraria las complicadísimas cuestiones de estado. Esa prudencia sagaz y previsorá, que todo lo calcula, lo pesa y lo mide, y sin la cual la política no es más que un quijotismo ridículo, halla en esos escritores lo que llaman ellos una barrera inquebrantable; si bien la experiencia demuestra que la barrera es nube de polvo y hojarasca, que huye y se arremolina ante la cara del viento político. A mí me maravilla ese privilegio exclusivo del periodista de hallar al más intrincado problema una solución obvia y facilísima: y más me maravilla aun ese aire de seguridad con que, saboreando de antemano los frutos de su proyecto, entonan desde luego el canto de victoria. Esto nos recuerda á aquellos oradores griegos que entre aplausos y vítores guiaban al pueblo á su ruina.

Por otra parte, esos escritores podrán ser ilusos, más rara vez villanos; podrán ser enérgicos en el ataque, más rara vez desleales con los vencidos. ¿Queréis reunir en un solo punto la opinión é influencia de todos esos escritores? Pues proponed una empresa noble, grandiosa, caballeresea; y vereis luego como la fama lleva vuestro proyecto en sus alas, formadas de esas plumas de mil colores.

Si para cuestiones de doctrina ó diplomacia es á mi juicio escasa ó nula la importancia del periódico, no así para los intereses de propaganda. Harto

ligeros esos libros de dos hojas para tratar cuestiones graves, vienen á ser muy aptos para las rápidas evoluciones de los partidos. Mas yo pregunto: el lenguaje generalmente usado por los periódicos propagandistas ¿es el más conveniente al bien público y á sus propios intereses?

No se me oculta que la premura en el escribir, los ataques de los colegas, la impresión del momento, el prurito de dar con un chiste, suelen ser causas de esas frases inconvenientes é irreflexivas que apadrina después el amor propio, formando esas escandalosas polémicas que, con harta pesar de los mismos que las suscitan, alborotan el estadio de la prensa. Pero, esto aparte ¿no es verdad que nuestros periodistas olvidan con frecuencia (pues no quiero decir que lo desconozcan) ese lenguaje de la razón que corrige con dulzura y enseña con prudencia, que ataca con lealtad y se defiende sin obstinarse, que deja siempre á su adversario una retirada honrosa, que lo llama á su camino más bien con la voz de la persuasión que con el grito del encono, que ni confunde la fe con la ceguera ni la caridad con la cobardía? ¿No es verdad que cualquiera haya recibido del cielo un alma exenta de mezquinas pasiones, pero vivamente deseosa de beber el bien y la verdad en sus más claras fuentes, no puede fijar sus ojos en esos escritos sin sentir lastimado el ánimo, no por las ideas allí vertidas (que fácil fuera perdonarlas á quien de buena fe las profesa), sino por ese tono brusco con que las inculca, por ese furor con que á ellas se aferra? ¿No me direis á qué conduce el cerrar al adversario en un círculo de hierro, negándole toda salida decorosa, y pretendiendo obligarle á cantar él mismo su vergonzosa derrota, logrando solo que el pundonor y el amor propio, heridos en su fibra más delicada, se encarguen de defender la fortaleza que la razón ya daba por perdida?

Que no se me diga que este es el lenguaje que hablan los partidarios, el único que entienden, el único en que quieren que se les hable. No, este no es el lenguaje de los partidarios; será, si quereis, el lenguaje de los fanáticos. Los fanáticos producen en todo partido dos efectos igualmente funestos. En tiempo de lucha alejan de su comunión á todos los hombres sensatos, los cuales no quieren bajar á la ardiente arena para probar las finísimas armas con que defiende la verdad sus fueros. En el día del triunfo desacreditan su causa con sus excesos, y preparan su inminente ruina.

Si vuestro intento es formar una hueste aguerrida y compacta, pero ciega, que se lance al asalto en el

día y hora que queráis, seguid, seguid por vuestro camino: probablemente ese puñado de fanáticos os dará un día la victoria, pero será victoria de un día. Pasará... como pasa el huracán, azotando el monte y el valle, y sembrando la tierra de ruinas. Así han pasado nuestras revoluciones: los templos derruidos, los preciosos monumentos arrojados en el polvo señalarán su paso, y contarán á los siglos venideros su ignominia.

Mas si quereis alistar á vuestra bandera, no un puñado de fanáticos, sino todo un ejército de claras inteligencias y de generosos corazones, entonces hablad, hablad el inimitable lenguaje de la verdad. Haced que los ánimos mas prevenidos os escuchen, que todos se os acerquen sin recelo: no impongais jamás vuestras ideas, contentaos con mostrar á todos su solidez y hermosura; perdonad á todos sus flaquezas, y escusad sus extravíos. Nunca señaleis la falsedad de ciertas opiniones, sin confesar con franqueza lo que puedan tener de verdaderas; y sobre todo guardaos de declarar á nadie incapaz de abrazar la verdad é indigno de compasion. ¿Veis ese escritor que miente, calumnia y blasfema con el mas cínico descaro? ¿Sabeis las circunstancias íntimas de su vida que le han resuelto á seguir este camino? ¿Sabeis si los que parecen crímenes no son mas que flaquezas? No lo sabeis. Tal vez en el fondo de su negra alma se oculta el germen de clarísimas virtudes. Ah! no lo arrojéis con vuestra imprudencia por el camino de la desesperacion: tratadle con hidalguía, hacedle entrever la esperanza, y el grito de su conciencia, unido á vuestro dulce llamamiento, le arrojará un dia en vuestros brazos.

Así se ensancha y dilata el reinado de la verdad. Como el sol, poco á poco esclarece las tinieblas, disipa las nubes, y dominando las altas cimas, llega á resplandecer sola sobre nuestras cabezas. Sé que las verdades prácticas y relativas que profesan los partidos no pueden aspirar á un reinado tan absoluto. Esto hace mas culpable su exclusivismo, y nos demuestra que cuanto mas se acerquen á la verdad pura, descartando mezquinos empeños y bajas pasiones, tanto mas ancha será su esfera, mas firme su fundamento y mas duradero su dominio.

Pelead con valor, pero con hidalguía: no seais nunca cobardes, pero sed siempre caritativos. Yo saludo con alborozo toda bandera, cualquiera sea su color, mientras que el lema de *lealtad* que en ella escriben sus defensores no sea un grito de guerra á los adversarios.

M. MAURA PRO.

SOBRE EL JURAMENTO DEL CLERO.

Una vigorosa carta publicó en el *Diario de Palma* de 29 del pasado nuestro estimable colaborador don Sebastian Vives doctoral de Ibiza, dirigida al señor Mojon canónigo de Menorca en contestacion á los ataques de este contra la casi totalidad del clero español, que se resiste á prestar el juramento exigido por el gobierno. De ella tomamos los párrafos siguientes:

Dos partes tiene el escrito de V., una que puede llamarse especulativa y la otra práctica. En la primera amontona V. textos sobre textos sacados de la Escritura y santos Padres para probar «que los preceptos relativos á la obediencia debida á los reyes y gobernantes comprenden á los sacerdotes lo mismo que á los seglares... en todo lo respectivo al progreso, felicidad y salud de los pueblos.» Es de suponer que hará V. referencia á lo que sea verdadero y legítimo progreso, y á lo que sea realmente felicidad y salud de los pueblos y no su desquiciamiento y ruina! Si es así, estamos conformes....

¿No es por ventura la religion cristiana, la que sacando al mundo del estado de humillacion y embrutecimiento en que le habia sumergido el desfreno de las pasiones, dió salud y vida á las naciones que acataron el Evangelio, único código civilizador, é hizo felices á los pueblos que practicaron sus máximas de paz y de caridad? ¿No es ella la que ha desarrollado el verdadero y legítimo progreso, comunicando á las artes y ciencias su espíritu divino y una celestial inspiracion, y á la que deben las leyes su dulzura, la moral su pureza, la filosofía su profundidad, la arquitectura su grandeza, la poesía su sublimidad y la música su sentimiento? San Anselmo, santo Tomas, san Buenaventura, Pascal, Descartes, Leibnitz, Bossuet, Fenelon, Rafael, Miguel Angel, Correggio, Ticiano... hijos todos del cristianismo, están testimoniando al mundo entero que el espíritu de aquel no es opuesto al saber y adelantos de los siglos. Esas admirables catedrales, expansion de la fé católica, son la esposicion mas ilustrada de todas las artes, de todas las ciencias y de todas las industrias. La mayor parte de las universidades, como las de Oxford, Salamanca, Viena, Turin, Alcalá y Valencia, grandes centros de enseñanza, en los que se vió reunido lo mas ilustre de la ciencia y del talento, han sido fundadas por la Iglesia ó bajo su influencia.

Cuando se trate pues de leyes justas que tiendan al bien comun y al fomento de las ciencias, de las artes y de toda mejora intelectual y material, esté V. seguro de que los ministros de la religion católica serán los primeros en acatarlas y con el ejemplo inducir al pueblo á su puntual observancia. Ellos comprendiendo los deberes que su mision les impone, no se cansan de repetir con san Pablo que *todo poder viene de Dios*, máxima que excluye toda

soberanía de un hombre sobre otro hombre; porque los gobiernos todos, bien sea una república, bien una monarquía, ora sea esta aristocrática, ora democrática ó mixta, habiendo recibido el poder de aquel que es Señor de todo, no mandan por sí, ni reclaman obediencia á su nombre, sino por el de aquel que ha dicho: «obedeced á vuestros superiores;» ellos saben colocarse al lado de los *reyes y gobernantes* que miran por el bienestar y prosperidad de sus súbditos, para prestarles su apoyo en todo lo que sea engrandecer á los pueblos confiados á su cuidado; ellos, inspirándose en los sentimientos de una cristiana caridad, alumbran al mundo con la luz de la celestial doctrina, hablan al rico en favor del pobre é inculcan á este veneración y respeto á aquel, y hacen menos duras las desgracias de sus prójimos, siendo el amparo del huérfano, el consuelo de la viuda, el padre del desvalido y la mas eficaz medicina de las dolencias sociales; ellos, en fin, en alas de su amor y sin buscar recompensa alguna terrenal vuelan á lejanas regiones para buscar pueblos que civilizar, ilustrar y moralizar.

Este es el sacerdote evangélico, el cual estará siempre dispuesto á obedecer á las *potestades superiores*. No así el sacerdote guerrero ó revolucionario, á quien debe temer el gobierno mucho mas, mil veces mas que á los que, conservando su dignidad y despreciando un puñado de oro que la nación les ha prometido y aquel les debe, se negaron á jurar la constitucion del estado.... Tema sí el gobierno á esos clérigos de barricada, á los que asisten á espectáculos profanos, á los que abandonan el hábito talar faltando á las disposiciones canónicas, á los que pasan meses enteros sin acercarse al coro dejando de cumplir con las cargas de su beneficio, á los que... Estos eclesiásticos, que afortunadamente son muy raros, sí que son de temer para toda clase de gobiernos, y no los pacíficos sacerdotes que dirigieron reverentes esposiciones al regente del reino para pedir á S. A. les escusara de prestar el juramento que se nos exigió por el decreto de 17 de marzo último.

¡Qué ligereza, diré mejor, qué audacia pronunciar un tan solemne fallo de condenacion declarando infractores del precepto del apóstol, no ya á sus compañeros que no han jurado, sino á su mismo pastor que firmó la magnífica esposicion de los prelados españoles residentes en Roma con motivo del concilio ecuménico!... ¿Y quién ha dicho á V. que el negarse á jurar la constitucion y presentar al regente las mencionadas esposiciones sea faltar á las autoridades constituidas? Sepa V. que es lícito y muy lícito, segun la constitucion misma, todo cuanto han hecho los obispos y demás clérigos que así se han conducido con el gobierno español en esa cuestion. Ahí tiene V., por si acaso lo ignora, el artículo 16, párrafo 5º del código fundamental que dice así: «Ningun español que se halle en el pleno goce de sus derechos civiles podrá ser privado... del derecho de dirigir peticiones individual y colectivamente á las cortes, al rey y á las autoridades.» Y en el

artículo 29 añade: «que será lícito todo lo que no esté espresamente prohibido por la constitucion y las leyes.» Ni estas ni aquel prohiben la conducta observada por los obispos y el clero en la cuestion del juramento, que se nos exigió, no por la constitucion ni por ley alguna, sino por un decreto del ministro de gracia y justicia, en quien no reside el poder legislativo que solo y esclusivamente radica en las cortes; luego, no siendo exigible este juramento, no veo en qué haya podido yo faltar al precepto del apóstol y al poder civil por haberme negado á jurar la constitucion.

No me diga V. que sea lícito el jurar, porque á esto le contestaré con S. Pablo, «que muchas cosas son lícitas, pero no todas convenientes.» Yo no puedo darme razon de que, siendo V. tan apasionado al apóstol, no encontrara este texto en sus cartas. Es verdad que en él se referia á otra materia, pero lo cierto es que no todo lo que es lícito es conveniente, y bajo este punto de vista ha debido examinarse la cuestion del juramento. En esta parte los que no hemos jurado estamos con los obispos, que son nuestra guía, á cuya esposicion se adhirió enteramente el clero español, salvadas unas reducidas escepciones que en nada desvirtuan el sentir unánime de casi la totalidad. Yo abundo además en las mismas ideas manifestadas en otras esposiciones, y particularmente en la concisa y muy luminosa del eminentísimo cardenal arzobispo de Santiago, quien decia en ella al regente del reino: «Que si la diplomacia, sin conocer bien las circunstancias de un caso concreto, puede resolverlo en cierto sentido, la moral debe considerarlas todas para determinar la naturaleza del acto en cuestion, y esto es lo que han hecho los obispos españoles para juzgar de la moralidad del juramento de la constitucion en la manera que se nos exigia. El acto podrá ser lícito en cierta hipótesis, pero no cuando habria de servir de escándalo al pueblo fiel, como tengo la íntima conviccion de que hoy sucederia, y esta circunstancia gravísima es la que no ha podido tomar en cuenta la diplomacia.»

El clero de la nacion, que es católico ante todo, que no es clero de la revolucion ni de la reaccion sino español, ha creido no poder jurar una constitucion que ha desheredado de nuestra tierra el catolicismo; y antes que perder su dignidad y faltar á la fidelidad de sus principios, consentirá en verse pobre y reducido á comer el pan negro de la emigracion, ó vivir en las catacumbas. No significa esto que se intente faltar al respeto, obediencia y sumision que debemos á las autoridades constituidas; pues en todas las esposiciones aparecieron espontáneas protestas las mas sinceras en este sentido: «Que la cuestion de juramento, ha dicho V., es solo un pretexto para crear conflictos al gobierno;» si aquellos existen, si la nave del estado ha tropezado en ese insuperable escollo, cúlpese el gobierno á sí mismo, culpe al ministro de gracia y justicia que no tuvo inconveniente en estampar en el preámbulo al decreto de 17 de marzo, que el

clero habia de consolidar con el juramento las libertades de la revolucion de setiembre, y culpe tambien á otro ministro que dijo en el seno de la representacion nacional *el que no jure no cobrará*, cuyas palabras, por decirlo así, cerraron herméticamente las puertas del juramento. Porque si el jurar ha de ser sinónimo de firmar una nómina, á tan profundo abismo nunca descenderá el clero español. Con una cartera podrá comprarse la honra de la nacion, pero con lo que vale la España entera no se comprarán jamás la honra y dignidad de su clero.

La mision de este no es adherirse á un partido; él no desdeñará una bandera política para abrazar otra, ni se declarará adversario del progreso, de la libertad y de la civilizacion para marchar ácia atrás; pero como tampoco puede hacer política anti-religiosa, condenará siempre con la Iglesia los excesos de la libertad, los estravíos del progreso y las exageraciones de la civilizacion. No por eso dejaremos de ser entusiasmados amantes de la libertad, de que carece hoy la nacion y por la que suspira; y si cree V. que no hay verdad en estas frases, reto á V. á que me pruebe como lo que hoy tenemos en España es una verdadera libertad. Acepte V. este reto, y de seguro que en otra carta le he de hacer ver lo contrario.

Tal vez á V. le sorprenda mi escrito. «En boca cerrada, dice el vulgar adagio, no entran moscas.» Muy lejos estaba yo de pensar en dirigirme á V. ¿Qué necesidad tenia V. de tocar esta cuestion, y por qué habia de zaherir en su artículo al clero español? Ya sé que V. ha jurado. Aun que no me lo hubieran dicho, lo habria inferido de la repulsa que se ha propuesto darnos á los que no hemos jurado todavía. Pues que á V. le aproveche el tal juramento. Ya sabe V. el premio que ha alcanzado; *el que jure, cobrará*; así pues, cobre usted cuando le paguen, y de esta manera quedará usted temporalmente remunerado.

Soy de V. atento servidor y capellan Q. B. S. M.

SEBASTIAN VIVES PRO.

CRÓNICA.

Un corresponsal del *Temps* refiere en los siguientes términos cómo se recibió en el Vaticano la noticia de la evacuacion de Roma:

«El 27 el Sr. de Banneville recibió el despacho en que el duque de Grammont le anunciaba el llamamiento inmediato de las tropas, y fué á anunciárselo al cardenal Antonelli.

El cardenal oyó sereno é imperturbable el telégrama.

—Daré cuenta á su santidad,—dijo.

—Volveré esta noche para saber la contestacion de su santidad,—replicó el marqués de Banneville.

—Tendré mucho gusto en veros,—dijo el cardenal.

A las ocho de la noche el Sr. Banneville presentóse de nuevo al cardenal Antonelli.

—¿Qué ha contestado su santidad?—le preguntó.

—Ha dicho: creo que Dios proveerá, y deseemos que no vuelvan los franceses.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

El 31 en la tarde el papa reunió para consultarles á los cardenales Antonelli, Patrizzi, de Pietro, Sacconi y Martel.

La reunion duró desde las nueve hasta las once de la noche, y se decidió en ella rechazar toda proposicion de *modus vivendi* con Italia.»

Si la anterior correspondencia no es del todo exacta, al menos es cierto que cuanto dice está en el carácter de Pio IX, de Antonelli y de Roma. Creen que Dios proveerá, como lo prometió y como ha provisto hasta ahora.

Fiados en esta creencia los romanos viven tranquilos, desde el sumo pontífice al último creyente; el papa no piensa por ahora en salir de Roma, ni siquiera á descansar algunos dias, como solia en otros veranos; algunos obispos que habian avisado su partida de la ciudad eterna, han resuelto permanecer en ella despues del abandono por los franceses; las comisiones del concilio se dedican á las sagradas tareas que les están encomendadas con el mismo afán y con la misma paz de siempre. Allí se habla de la guerra mucho menos que en cualquiera otra parte de Europa, y se habla de ella solo como de una cosa lejana.

«De Civita-Vecchia, dice una carta de Florencia, salen dos buques con infanteria de línea y algunos caballos. Se han quedado tres buques de guerra, porque han recibido de improviso la orden de desembarcar los morteros y las bombas embarcadas y entregarlas al gobierno pontificio. Mañana saldrán con el resto de las tropas francesas.

Estas piezas de artilleria y estas municiones no son una compra del papa ni un regalo de Francia: el gobierno francés las pone á disposicion del papa, reservándose el pedirselas cuando le convenga.

Sesenta diputados franceses, partidarios del papa, asustados por la retirada de las tropas, se dirigieron á la piadosa emperatriz, que telegrafió al emperador. En su virtud este ha mandado dejar el material á fin de que si Garibaldi hiciese alguna intentona la reocupacion francesa fuese mas rápida.

El padre santo ha rehusado explícitamente la proteccion de Italia, y ha dicho que antes que someterse á admitir una guarnicion italiana en Civita-Vecchia ó en Roma, se marcharía al destierro.

Segun se asegura, el gobierno inglés ha ofrecido la isla de Malta como refugio al papa y al concilio en caso necesario.»

Dice otra carta de Roma que publica el *Univers*:

«Ha vuelto el embajador de Prusia: desde la estacion fué al Vaticano, y al dia siguiente volvió á ver al papa. Corre el rumor que se han dado completas seguridades al gobierno pontificio de parte de Prusia...

El papa siempre tranquilo. Exhorta á todos á que tengan confianza. Se le atribuye la frase de *salutem ex inimicis nostris*.

Mil doscientos jóvenes belgas y holandeses llegarán de un dia á otro á Roma para tomar las armas en el ejército pontificio.

ERRATA DEL NÚMERO ANTERIOR.

En algunos ejemplares está alterada la colocacion de las palabras de la penúltima línea de la col. 1ª que debe leerse así: *reconociendo para los espíritus una autoridad infalible*.

En la 3ª lín. col. 2ª de idem falta punto y coma despues de *disidencias*.

En la crónica al tratar de la LXXXVI congregacion general se omitió espresar que se tuvo en 16 de julio.

PALMA.—Imprenta de Guasp.